

# La violencia y su imagen en los campos de exterminio nazis

Vicente Sánchez-Biosca

La mera alusión a los campos de exterminio que Lasolaron la Europa de comienzos de los años cuarenta parece ir asociada con traumática naturalidad al ejercicio de una violencia hiperbólica. La literatura más efectista y, sobre todo, un género de cine proclive a lo espectacular así nos lo han hecho suponer. Resultaría de ello un cuadro compuesto por el sadismo desatado de los fanáticos SS y el despliegue de una iniquidad humana contagiada dramáticamente a las mismas víctimas, aviesamente manejadas por los desalmados *Kapos*. En suma, estaríamos ante la más desafortada de las pasiones destructoras. Y, sin embargo, esta descripción suena a nuestros oídos más tranquilizadora que verosímil, pues se contenta con imaginar el *mal radical* bajo la forma de un extraño ceremonial de bajos instintos.

En realidad, esta imagen no resiste el cotejo con los testimonios más directos de quienes vivieron la experiencia. Experiencia, seamos intelectualmente generosos para comprender mejor, que nos viene tanto del lado de los verdugos como del de las víctimas. Sólo la comodidad de pensamiento y una pereza ética, a fin de cuentas dudosa, se afanarían en dar por supuesto que los instrumentos tradicionales para pensar el mal y sus raíces, la violencia y el odio entre los hombres habrían permanecido intactos y seguirían siendo válidos sin corrección conceptual alguna después de los años cuarenta. Por superficial que sea la lectura de los escritos de aquellos que se vieron zambullidos en este oscuro episodio de la guerra, a todos se revela diáfano que el odio, el fanatismo y el sadismo desmedido no se cuentan entre las notas dominantes del comportamiento nacionalsocialista hacia sus detenidos «inferiores», fundamentalmente en el Este, escenario de lo que eufemísticamente se denominaría la *Endlösung* (solución final). Antes bien, la maquinaria nazi debía funcionar a pleno rendimiento, tanto en rapidez como en efectividad, y a tal efecto cualquier conta-

minación de las pasiones humanas hubiese sido fatal. De hecho, es esto lo que torna más intrincado el fenómeno, define su carácter único y el corte radical que imprime al pensamiento, al arte, a la industria y al mundo que le habrá de sobrevivir cargando sobre su espalda con su pesada herencia. No otra cosa subyace a la declaración de Adorno cuando, en su *Dialéctica negativa*, se preguntaba por el sentido mismo de la poesía y del pensamiento después de esa gigantesca metonimia de la nueva barbarie que fue Auschwitz.<sup>1</sup>

## Voces demasiado humanas

Mas una hipótesis no es un argumento, menos todavía un hecho. Oigamos en primer lugar, con el fin de precisar nuestra idea, a las víctimas que se resolvieron a hablar a pesar de los traumas. Primo Levi, quien con tanta finura y sagacidad supo desentrañar los sentimientos humanos e inhumanos nacidos en y de los campos de la muerte, manifiesta cierto embarazo al dar cuenta de la violencia en el *Lager*. El capítulo V de su postrer testimonio, *Los hundidos y los salvados*, lleva por título «La violencia inútil» y su propósito es apuntar la existencia de un género de violencia hasta entonces desconocido, «una generalizada violencia inútil, que ha sido un fin en sí misma, que ha estado dirigida exclusivamente a causar dolor; a veces con un propósito determinado pero siempre redundante, fuera de toda proporción respecto del propósito mismo».<sup>2</sup>

La finura de Levi va siempre unida, como sabemos, a una extraña frialdad que sugiere momentáneamente la suspensión del juicio condenatorio para que el lector lo efectúe de modo más sereno y racional, pero también más inapelable. De ahí, su despiadada eficacia. Ahora bien, ¿es por ventura esta violencia expresión de *Shadefreude*, esa suerte de goce innecesario en el mal del prójimo?

En realidad, resulta cuanto menos dudoso postular una perversidad gratuita. El mismo Levi nos da la clave al tratar de modelar algo la comprensión de unos actos que huelen a absurdidad: «No creo que esta transformación hubiese sido planificada nunca ni formulada claramente en ningún nivel de la jerarquía fascista, en ningún documento, en ninguna “reunión de trabajo”. Era la consecuencia lógica del sistema: un régimen inhumano difunde y extiende su inhumanidad en todas direcciones, y especialmente hacia abajo».<sup>3</sup> Mas, si es así, ¿puede realmente hablarse de violencia inútil? A renglón seguido, vacila Levi y enmienda sin percibir la contradicción: «No era inútil, como, por otra parte, y en esta clave de interpretación, no eran inútiles ni el hambre ni el trabajo extenuante, ni siquiera (y pido perdón por el cinismo: estoy intentando razonar según una lógica que no es mía) la muerte por gas de los adultos y los niños».<sup>4</sup> La penetración y honestidad intelectual del testigo es inestimable, ya que pone de manifiesto la incomodidad que siente al enfrentarse con un comportamiento inédito, carente de antecedentes y, en consecuencia, todavía no conceptualizado, para cuya comprensión se impone la dolorosa tarea de saltar, aunque sea arriesgando la razón, a la trinchera enemiga, colocándose precariamente en la mente del verdugo, recorriendo su psicología.

Elie Wiesel, otro superviviente que empeñó diez años en rasgar el velo del silencio con su primer testimonio de Auschwitz, un bellissimo e hiriente libro, *La nuit*,<sup>5</sup> se enfrenta en toda su obra con igual valentía a la sinrazón e irrealidad que transpiraban del mundo del *Lager*. De nuevo, la falta de causa ahoga la experiencia y el pensamiento del mismo golpe mortífero: Auschwitz está más allá de las respuestas, más allá del porqué: «Por su envargadura —dice—, por su lado ontológico y por sus ambiciones escatológicas, esta tragedia desafía y desborda todas las respuestas. Si alguien pretende hallar una, ésta ha de ser falsa. ¿Tanto duelo, tantas agonías, tantos muertos por un lado y una respuesta por el otro? Auschwitz no se comprende ni sin Dios ni con él. No se le concibe en el plano del hombre ni tampoco en el del cielo. ¿Por qué tanto odio en el enemigo, hacia los niños y los ancianos judíos?».<sup>6</sup> El coraje de Wiesel, tanto aquí como en su monumental obra de testimonio, consiste en perforar el bienestar del pensamiento y no cesar en el empeño de hablar de aquello que se resiste a ser dicho, comprender aquello que ninguna respuesta podría satisfacer. Y, con todo, después de radiografiar el crimen ontológico que conlleva



va el exterminio, baña de humana piedad la muerte de su pueblo, convirtiendo la masacre en una manifestación del odio de los enemigos. De nuevo, como en Levi, se cede a la tentación de atribuir afectos a los verdugos que intercepta quizá la sordidez más desoladora del caso, pero también el reto intelectual del holocausto: que estos últimos quizá no experimentaran sentimiento alguno hacia sus víctimas.<sup>7</sup>

En otro lugar, Wiesel percibe con gran lucidez que el *Lager* respondía más a un proceso racional que al desencadenamiento del odio. Precisamente, es esto lo que no puede ser olvidado, pues acarreó una devastación sin precedentes del devenir del hombre, es decir, de su humanidad: «Ello convierte el problema en un problema metafísico: ¿qué ha sucedido con el hombre? ¿Cómo puede el hombre convertirse en eso, hacer eso? Tengo que confesar que no lo sé. La única vía, no para explicar ese hecho pero para aproximarme a él, es que el castigo está en el mismo acto criminal. La deshumanización de las víctimas: ése fue el crimen de Eichmann, de Hoess y de otros verdugos.

## La instalación del infierno en la tierra tomó la sórdida forma de una funcionarización de la violencia.

Al cometerlo se deshumanizaron a sí mismos, como ya dije antes, perdieron su calidad de humanos. Tal vez fuesen buenos padres y buenos maridos, pero no eran seres humanos».<sup>8</sup>

Los dos surgen de la experiencia y ambas nacen de la interrogación sobre la esencia de una violencia que desafía los instrumentos de pensamiento con que la encarábamos hasta la fecha: por una parte, el infierno en la tierra que retrató con tanta precisión Hannah Arendt en varios de sus libros,<sup>9</sup> pero que aflora también en las metáforas de la *Divina Comedia* que Levi utiliza en *Si esto es un hombre* y a las que sorprendentemente también recurre Franz Stangl (el mismísimo comandante de Sobibor y Treblinka); por otra, la banalidad del mal que la misma autora atribuyó en un texto (y sobre todo en un título) sumamente polémico a la figura ejemplar de Adolf Eichmann con motivo del estudio de su proceso judicial en Jerusalén.<sup>10</sup> Si unimos ambos aspectos, cabría entonces suponer que la instalación del infierno en la tierra tomó la sórdida forma de una funcionarización de la violencia, una misteriosa despsicologización de la misma que, sin embargo, no la reintegra en los patrones de socialización y eficacia simbólica en el interior de los cuales lo concibieron otras civilizaciones del pasado. Por decirlo algo apresuradamente, si la violencia pasó (como, por otra parte, sucede también con la imagen y función de la muerte) de una función ritual que sujetaba y reforzaba el vínculo social a una responsabilidad psicológica, efecto de la creación del nuevo sujeto moderno,<sup>11</sup> los campos de exterminio nacionalsocialistas habrían consumado la despsicologización de ésta, arrebatándola a las pasiones del sujeto, sin por ello reentronizarla en los ritos sociales. Y, con todo, es difícil todavía resolver este enigma sin desentrañar la potencia destructora de la máquina y la industria cuando ambas se ponen al servicio de la muerte.

Por lo demás, la doma psicológica o, si se prefiere, el *desapasionamiento de la violencia*, no podría haberse logrado sin resto ni error. No conviene, pues, apresurarse en las conclusiones, sino atender a las declaraciones de los funcionarios implicados en la masacre, pues las víctimas están fatalmente inclinadas a atribuir sentimientos a sus verdugos. Comportándose así, aquéllas afirman algo de su humanidad al suponerse objeto de las pa-

siones destructoras del otro. Por añadidura, las víctimas carecen a menudo de perspectiva global, viven en un clima de irrealidad y demuestran su predisposición al trauma y a la escisión entre experiencia y escritura, como manifiestan sus palabras, ya sean éstas pronunciadas a viva voz, ya escritas en forma de testimonios más o menos literarios. Todo ello hace razonable apelar a quienes poseían una visión más fría, estable y, en todo caso, un panorama de conjunto respecto a lo sucedido.

### *Funcionarios de la violencia*

Ni en Rudolf Hoess, en sus memorias escritas mientras aguardaba su ejecución en Auschwitz, ni en Franz Stangl (superintendente de policía en el Instituto de eutanasia de Schloss-Hartheim y, más tarde, comandante de Sobibor y Treblinka), entrevistado por Gitta Sereny en 1971 en la prisión de Düsseldorf donde cumplía condena, ni por lo demás en las declaraciones múltiples de Adolf Eichmann durante su proceso en Jerusalén, o las de Franz Suchomel (también empleado en el instituto de eutanasia y luego *Unterschurführer* en Treblinka) realizadas a Claude Lanzmann en la película *Shoah*, por citar tan sólo algunos de los más relevantes ejemplos, se advierte intensidad en el odio ni predisposición manifiesta al ejercicio de la violencia. Todos ellos se autopresentan como funcionarios ejemplares, cuya dureza de corazón no era sino expresión de celo profesional en el cumplimiento del deber. Con excepción de Hoess,<sup>12</sup> sin duda el menos dotado intelectualmente de todos ellos, tampoco el antisemitismo parecía el rasgo dominante de sus caracteres y mucho menos objeto de fanatismo. Antes bien, da la impresión de que estos individuos, cuyo papel en la exterminación no fue precisamente subalterno, sentían en ocasiones horror o angustia ante lo que acontecía, sin que por ello sus afectos ensombrecieran en lo más mínimo el cumplimiento de las órdenes, así como la energía con que éstas eran transmitidas a sus inferiores.

Hoess describe así su reacción al recibir órdenes de liquidar a los comisarios soviéticos: «Me invadió un sentimiento de malestar y de horror. Sin embargo, siempre me había imaginado que el uso del gas entrañaba sufrimientos mayores que los causados por la asfixia. Ahora bien, ninguno de los cadáveres revelaba la menor crispación. El médico me explicó que el cianuro ejerce una influencia paralizadora tan rápida y poderosa sobre los pulmones que no provoca fenómenos de asfixia se-

mejantes a los producidos por el gas de alumbrado o la supresión total del oxígeno».<sup>13</sup>

Franz Stangl, asqueado por el hedor de la carne quemada cuando se presenta en Belsec en busca de Christian Wirth, elabora pronto una teoría que le sirve de capa protectora (¿quién podría certificar que con cinismo?) para el resto de su trabajo: «no podía vivir más que si compartimentaba mi mente (...). Si el tema era el gobierno, el objeto los judíos y la acción, la de gasear, entonces yo podía decir que para mí el cuarto elemento “la intención” faltaba».<sup>14</sup> No menos elocuente es el malestar que asegura sentir Eichmann al escuchar el relato hecho por un capitán de lo que acontecía en las cámaras de gas. Por si fuera poco, Eichmann mismo relata así la visión de lo que con tanta eficacia y pulcritud él administraba: «No puedo decir, apenas miraba. No podía; no podía, ya tenía bastante. Los gritos y... estaba demasiado alterado (...). Poco después, con el coche seguí al camión y entonces vi algo más horrible que todo lo anterior. El camión se dirigía hacia una fosa abierta en la que se echaban cuerpos. Parecían aún vivos hasta tal punto estaban *lisos* sus miembros... Se los precipitaba en la fosa y vi a alguien, vestido de civil, arrancarles los dientes con pinzas de dentista. Entonces me marché. Subí a mi coche y no abrí más la boca. A partir de aquel día, permanecía horas y horas junto a mi conductor sin intercambiar una sola palabra. Aquel día había sido demasiado. Estaba acabado. Sólo recuerdo que un médico con una bata blanca me pidió que observara por un agujero cuando todavía estaban allí. Rehusé. No podía. Tenía que salir de allí».<sup>15</sup>

Cabría proseguir con una retahíla de declaraciones, mas poco añadirían éstas a nuestros argumentos. Asimismo, sería razonable poner en duda la sinceridad de estos encargados de administrar la muerte, tanto más cuanto que sus relatos aparecen preñados de tópicos que la tradición ha ido asentando con posterioridad. A pesar de todo, su coincidencia es harto sintomática y no debiera ser despachada irreflexivamente. Un término sumamente plástico definía en el lenguaje de la época esta obediencia ciega que la mayoría de funcionarios mencionan: *Kadavergehorsam*. Imposible es por supuesto evaluar el grado de adhesión personal de todos ellos respecto a la política de sus dirigentes; mas en realidad el problema está así mal planteado. Si los argumentos que estos sujetos se daban a sí mismos eran del género «lo terrible de los tiempos que corren» (Suchomel), la necesidad irreflexiva del exterminio judío (Hoess), la exi-

gencia de supervivencia suspendiendo el juicio (Eichmann, Stangl) o cualquier otra razón de índole práctica, poco podemos aventurar al respecto.

Sea como fuere, en comparación con la magnitud de lo que estaba en juego, las razones humanas son necesariamente estrechas y, por consiguiente, no podemos por menos que sentir malestar y no sólo repugnancia cuando Hoess refiere los reproches de su esposa por dedicarse tanto al trabajo y pensar tan poco en su familia, como si de un despistado viajante de comercio se tratara, o cuando escuchamos decir a Stangl, cual moderno fatalista, haber hallado su tabla de salvación en la fe: «Sobrevivir. En medio de toda esa muerte, la vida. Y eso fue lo que me mantuvo, mi creencia firme de que hay una justicia».<sup>16</sup>

En un trabajo reciente, Alain Finkelkraut lo ha establecido con precisión: «La violencia nazi debe cumplirse no por gusto, sino por deber, no por sadismo, sino por virtud, no por placer, sino por método, no en el desencadenamiento de las pulsiones salvajes y el abandono de los escrúpulos, sino en nombre de escrúpulos superiores, con una competencia de profesional y con la preocupación constante de la obra que debe ejecutarse (...). Dicho de otro modo, el poder hitleriano no instauró el reino del crimen sobre las ruinas de la moral, sino que dio al crimen toda la apariencia –y todo el aparato– de una moral con obligaciones y sanciones».<sup>17</sup>

Tal vez dos ejemplos de significación diversa contribuirían a confirmar el carácter sistemático y sistemático de esta violencia, la exigencia de una fe inquebrantable por parte de los superiores y de una funcionarización sombría de todos los estratos inferiores (los más numerosos, en realidad).<sup>18</sup> El primero de ellos es la escasez de manifestaciones de fanatismo antisemita en los años de gobierno nazi, a diferencia del propagandismo demagógico que guió las soflamas de los años anteriores a la toma del poder. No deja de sorprender el contraste abismal que conocen los años comprendidos entre 1933 y 1939 entre el aparato legislativo referido a los judíos (desposesión de sus bienes, pérdida de su nacionalidad, regulación del matrimonio, determinación de grados raciales en función de porcentaje de sangre judía, etc) y la indiferencia casi total por incitar a las masas al ejercicio de la violencia antisemita.<sup>19</sup> El caso excepcional de la *Kristallnacht* en noviembre de 1938 en que se produjo el incendio de sinagogas y la destrucción de cristales de tiendas judías constituye la excepción y, por tanto, el modelo *a contrario* de cuanto deci-

mos. El segundo ejemplo reviste una importancia crucial para nuestro razonamiento y precisa de un desarrollo algo mayor, pues implica un sustancial cambio de estrategia en la liquidación de los enemigos del Reich.

### *Los baños de sangre o la escuela del exterminio*

La campaña de Rusia, operación militar desencadenante como sabemos de la «solución final del problema judío», en llamativo paralelismo con la liquidación de comisarios políticos y dirigentes comunistas, produjo una primera fórmula de asesinato de masas, a saber: las acciones de los *Einsatzgruppen*. Eran éstos cuatro comandos creados en la primavera de 1941 llamados a desempeñar en la retaguardia del frente ruso sus funciones de liquidación de judíos y comunistas al mismo vertiginoso ritmo al que avanzaba la Wehrmacht, pero operando entre la población civil. En el mes de agosto, las matanzas toman ya un carácter espectacular, siendo su símbolo la de Babi Yar, perpetrada cerca de Kiev en septiembre de 1941. Este episodio constituye, como en seguida veremos, una experiencia de gran riqueza para las SS que sabrán aprender de él y modificar oportunamente su método.

En efecto, los testigos de las masacres llevadas a cabo son abundantes y molestos, las desmoralizaciones de los miembros de los *Einsatzgruppen* ante los baños de sangre, especialmente de niños, mujeres y ancianos hacinados en fosas gigantescas o abandonados en los bosques no le van a la zaga. La brutalidad, pronto se demuestra, resulta inoperante para hacer frente a las tareas que la conquista de nuevos territorios por el Ejército alemán impone. No sólo porque suscite el sadismo de los asesinos, sino sobre todo porque puede afectar a su humanidad en cualquiera de los posibles sentidos que este término encierra. Se impone, por consiguiente, volver el proceso del asesinato en masa más rápido y discreto y, a la vez, menos impactante para los que lo perpetran. El giro que se produce entre esta opción y el uso de los primeros camiones de gas en el campo de Chelumno es sustancial y no puede ser minimizado: mayor limpieza (el trabajo sucio será encomendado a los *Sonderkommandos*),<sup>20</sup> discreción administrativa, planificación ordenada y, por consiguiente, abandono de la violencia. La colocación de los cinco campos de exterminio en la tupida red ferroviaria polaca,<sup>21</sup> camuflados entre la campiña y alejados prudentemente de las ciudades, el uso de eufemismos

para referirse al exterminio (reinstalación, tratamiento especial, solución final, etc.) y la colaboración activa de la industria (Zyklon B abastecido por I.G. Farben, pero también camiones de Saurer o los hornos crematorios fabricados por Tofp e hijos) aceleran el proceso mecánico y garantizan el aprendizaje de los errores anteriores.

Tal vez el modelo ejemplar esté una vez más representado por Auschwitz, pues, una vez completada, esta circunscripción reunió en sí tres sectores distintos: el campo de concentración (Auschwitz I), el de exterminio (Auschwitz II-Birkenau) y el campo de trabajo (Buna),<sup>22</sup> donde se instalaron las empresas alemanas buscando mano de obra gratuita. No se equivocaban quienes quisieron ver en Auschwitz el emblema del nazismo y no sólo por el número de las víctimas: la compenetración entre trabajo, productividad e industria de la muerte fue total.<sup>23</sup> El capitalismo había llegado a ponerse al servicio del exterminio, la división del trabajo había consumado la deshumanización metafórica que tantos le habían recriminado desde los tiempos de la revolución industrial y los medios de comunicación modernos (el ferrocarril) aseguraban un transporte regular y bien inventariado. La muerte se realizaba a gran escala y en silencio y, además, no quedaba ni rastro. ¿Qué lugar habría en este contexto para la violencia no planificada, el sadismo y el odio?

Y, a pesar de todo, este objetivo de limpieza, silencio y productividad de la muerte no fue logrado linealmente. El modelo que había extirpado la violencia por su inoperatividad y escaso rendimiento coexistió durante mucho tiempo con el de la masacre violenta, cara a cara y con los baños de sangre inevitables. En un espléndido trabajo que se adscribe a la llamada microhistoria, Christopher R. Browning<sup>24</sup> ha trazado con ayuda de documentos y declaraciones de un proceso judicial instruido entre 1962 y 1971 en Alemania Federal la vida de la pequeña comunidad que constituyó el batallón de reserva 101 de la *Ordnungspolizei*. Estos hombres, de edad demasiado avanzada para enrolarse en el ejército del Reich, pertenecientes además a clases trabajadoras, se transformaron en asesinos al incorporarse a las tareas de exterminio en Polonia, junto a Lublin sobre todo entre el verano de 1942 y el otoño de 1943. Sin embargo, las declaraciones de todos ellos muestran una heterogeneidad de sentimientos que se van transformando progresivamente: unos, muy pocos, se retiran antes de comenzar las ejecuciones, otros lo hacen al comenzar éstas; la mayoría, sin embargo, funcionan el crimen, otros por último lo con-

suman con sadismo. En todo caso, lo que revela un libro como el de Browning es el enorme efecto psicológico producido por las matanzas personalizadas, por las ejecuciones masivas y las persecuciones sangrientas de mujeres y niños. Esta sería la escuela de la que los dirigentes SS, Himmler a la cabeza, extraerían enseñanzas sumamente útiles. Por ello, después de las primeras intervenciones espectaculares, encomendaron al batallón tareas prioritariamente de custodia de trenes y protección de convoyes donde los Trawnikijs ejercían las labores más violentas hasta que los consideraron capaces de regresar psicológicamente reforzados a la masacre.

Aun cuando la progresión dista mucho de la linealidad, combinando ejecuciones, tareas logísticas y *Judenjagd* (caza de judíos que se habían sustraído a la aniquilación), lo instructivo del caso es, desde nuestro punto de vista, que los baños de sangre ponían a prueba la capacidad de resistencia psíquica de estos individuos y obligaban a una serie de tareas de «reconstrucción moral» (alcohol, entre otras) cuyo efecto a la larga había de ser también devastador.

A pesar de que los asesinatos de masa realizados por estos grupos y batallones corren parejos a la depuración técnica de las cámaras de gas en lugar de sucederse sin más en el tiempo, pronto comprendieron los nazis que el ideal debería estar en la generalización de este modelo de crimen. Con todo, incluso en este aspecto, también las cámaras de gas habrían de ser investigadas. Nada estaba dado de antemano. Como deja suficientemente establecido Gitta Sereny, el laboratorio del gaseamiento estuvo en los distintos institutos de eutanasia donde se liquidó tiempo antes a los deficientes mentales. De esta experiencia se extrajo también el primer grupo de especialistas, como es el caso de Franz Stangl, Franz Suchomel, Otto Horn o Gustav Münzberger. Todavía hay más: en Belzec se comienza el exterminio por gas con ayuda de camiones cuyo tubo de escape se dirige hacia el interior, mas Christian Wirth, un experto en el laboratorio de la muerte (*vide infra*), irá descubriendo procedimientos masivos más rápidos y efectivos. En todo este atroz proceso, no hay sino descubrimiento y constante experimentación. Ahora bien, el ejercicio a pequeña escala no garantizaba el éxi-

**No se equivocaban quienes quisieron ver en Auschwitz el emblema del nazismo y no sólo por el número de las víctimas: la compenetración entre trabajo, productividad e industria de la muerte fue total.**

to de la exportación del modelo a las condiciones industriales cada vez más necesarias. En palabras más gráficas, el artesanado de la ejecución en los institutos de eutanasia no ayudaba en nada a su aplicación a una fábrica moderna donde debían perecer miles de personas diariamente sin dejar, además, rastro. Raul Hilberg lo expresó con endiablada precisión: «Sorprendentemente, poco fue lo inventado, por supuesto hasta el momento en que hubo que ir más lejos de lo ya establecido por los predecesores y se gaseó a esas gentes o se las aniquiló a gran escala. Entonces, esos burócratas se convirtieron en inventores. Mas como todos los inventores de instituciones no patentaron sus logros y prefirieron la oscuridad (...). Tuvieron que

transformarse en inventores con la "solución final". Ése fue su gran invento y eso fue lo que hizo el proceso completo diferente de todos los que le habían precedido. En este sentido, lo que exuda la decisión de la "solución final" (...) es un punto de no retorno en la historia (...). En cada aspecto de esta operación, la invención se hacía necesaria. Sin duda ninguna, pues cada problema carecía de precedentes. No sólo cómo matar a los judíos, sino qué hacer más tarde con sus propiedades. Y no sólo esto, sino qué hacer para que el mundo no supiese lo ocurrido. Todos estos problemas eran nuevos».<sup>25</sup>

Y a fe que los nacionalsocialistas se entregaron en cuerpo y alma a obtener respuestas a tales problemas, tanto más intensamente cuanto que todo el proceso parece llevar el sello de una indagación, con sus balbuceos, sus vacilaciones, sus solapamientos y su precisión final.<sup>26</sup> Además de los casos citados por Hilberg, no fue menos problemático decidir cómo financiar los transportes costosos de judíos (llamados *transportes especiales* y, por tanto, en el mismo capítulo que los turísticos), qué hacer con los cuerpos y en este punto hallaron de nuevo una respuesta ejemplar y sin duda única en la historia. Una sola expresión resume todas las actividades: gestionar los cuerpos como si de cosas se tratara, es decir, materia de investigación biológica y genética y, en una insólita vuelta de tuerca, incluso mero soporte químico. Fabricar con ellos jabones, tejidos, fertilizante que se exportaba a Alemania o recoger los dientes de oro y depositarlos en el *Deutsche Bank*. En este destino de

cosificación inusitada de la víctima se encuentra acaso la confirmación más extrema de nuestra hipótesis sobre la más radical negación de la violencia en el ideal de exterminio, puesto que la objetualización de la víctima la hace incluso indigna de inspirar los más primitivos deseos o sentimientos humanos.

Sólo a la luz de esta consideración puede entenderse la profundidad ontológica que encierra el gesto de Richard Glazar, superviviente de Treblinka, quien conservaba en un pequeño territo tierra... tierra de Treblinka: la tierra en la que jamás serían enterrados sus muertos, la que fue fertilizada con sus cenizas profanadas en los crematorios.

### ¿Dos hombres?

Primo Levi relata un episodio en el que se encarna con mágica exactitud la deshumanización de la que hablamos, con la particularidad de que es atestiguada por esa cosa que es la víctima. Su palabra es vorazmente precisa, mas tiene la forma del enigma. Se trataba de entrar en el Kommando 98 de Auschwitz, llamado Kommando Químico, departamento de especialistas, que garantizaba una cierto futuro vital y algunos privilegios a los elegidos. Un tal Dr. Pannwitz examina al protagonista, quien ya en la época era doctor en química. En este certero fragmento se vive dramáticamente la inhumanidad con que los nacionalsocialistas percibían al judío y lo inverosímil de que pudiera éste despertar su sadismo. Lo soberbio de esta descripción radica en que *la cosa*, lo inhumano, toma la palabra sin condenar y, con ello, se humaniza, al tiempo que descorre el velo del terror:

Pannwitz es alto, delgado, rubio; tiene los ojos, el pelo y la nariz como todos los alemanes deben tenerlos, y está formidablemente sentado detrás de un complicado escritorio. Yo, *Häftling* 174517, estoy de pie en su estudio, que es un verdadero estudio, que brilla de limpio y ordenado, y me parece que voy a dejar una mancha sucia donde tenga que tocar.

Cuando hubo terminado de escribir, levantó los ojos y me miró.

Desde aquel día he pensado en el Doktor Pannwitz muchas veces y de muchas maneras. Me he preguntado cuál sería su funcionamiento íntimo de hombre; cómo llenaría su tiempo fuera de la Polimerización y de la conciencia indogermáni-

ca; sobre todo, cuando he vuelto a ser hombre libre, he deseado encontrarlo otra vez, y no ya por venganza sino sólo por mi curiosidad frente al alma humana.

Porque aquella mirada no se cruzó entre dos hombres; y si yo supiese explicar a fondo la naturaleza de aquella mirada, intercambiada como a través de la pared de vidrio de un acuario entre dos seres que viven en medios diferentes, habría explicado también la esencia de la gran locura de la tercera Alemania.<sup>27</sup>

### *Shoah: el testimonio visible*

La película que lleva por título *Shoah* está compuesta por una serie de entrevistas con tres tipos de personajes cuya experiencia rozó y a menudo fue inundada por el exterminio judío: víctimas que sobrevivieron al mal llamado holocausto, testigos presenciales, generalmente de nacionalidad polaca, y funcionarios de la administración de los campos, los ghettos o la empresa ferroviaria del Reich. El objetivo del filme es inequívoco, obsesivo y mítico a un mismo tiempo: no la persecución política de judíos, ni su expropiación, sino exclusivamente la «solución final». De ahí que la película dé comienzo en los alrededores de Chelmno, donde el realizador Claude Lanzmann pasea acompañado por Simon Srebnik, el en aquel entonces niño de trece años que salvó su vida gracias a su bella voz y bajaba el río en compañía de los SS amenizándoles las tardes con su canto.<sup>28</sup>

Los datos de esta película inusual son desmesurados: once años de trabajo, pues, iniciada en 1974, no fue concluida hasta 1985, año en que fue presentada en el festival de Cannes; 350 horas de material filmado, cinco años y medio para realizar el montaje.<sup>29</sup> Barrera incrustada en el momento de desfallecimiento de la memoria, cuando la empresa negacionista (los revisionistas, según se les ha denominado)<sup>30</sup> están obteniendo ciertos logros y cuando el modelo televisivo ha lanzado la banal mini-serie de clara propaganda sionista *Holocauste* (USA, NBC-TV, Marvin Chomsky, 1978), *Shoah* es una de las más incómodas películas que pueda verse.

La opción ética de Lanzmann se convierte en toma de postura estética: su desafío a la ausencia de huellas del holocausto, a la operación emprendida por los mismos dirigentes del III Reich de borrar todo rastro, le incita a renunciar a las imágenes de archivo, es decir, a fuentes espectaculares. Ninguna concesión a las pasiones mórbidas del

ojo, a la fascinación que el horror es capaz de producir en él. Así, si bien la película se compone con ayuda de imágenes de los campos, los tendidos ferroviarios y otros lugares de paso, éstos pertenecen sin excepción a la actualidad y sirven de contrapunto al ritmo de la palabra de los entrevistados. Bellos paisajes de la campiña polaca, la blanca nieve vistiéndole suavemente las ruinas de los crematorios o el antiguo emplazamiento de las cámaras de gas desaparecidas, pero también el terreno fangoso y el ambiente plomizo de los alrededores de Belzec. Son éstos algunos de los decorados que dan cobijo a la palabra dramática de los personajes muchos años después de ocurrida la tragedia. Lanzmann lo sabe: «Lo que hay al comienzo del filme es, por una parte, la desaparición de las huellas; nada hay ya, y es a partir de esa nada desde donde había que hacer una película. Por otra parte, la imposibilidad de contar de los supervivientes mismos. Imposibilidad de hablar, dificultad —que se ve a lo largo de toda la película— de parir la cosa e imposibilidad de nombrarla: su carácter innombrable».<sup>31</sup>

Dos vías para penetrar ese nudo enterrado en el pasado: una inspección de los lugares tal y como, anodinos o hermosos, permanecen hoy y una investigación al hombre para que regrese a ellos por medio de su relato, de su palabra, haciéndolo además, si ello resulta posible, físicamente. En esa extraña combinación, de raíz mítica, entre el testimonio vivo, oral, y el borrado de las huellas, se edifica *Shoah*. Mas allí mismo el enmudecimiento de los que prefieren el silencio obliga a una enorme violencia: la del entrevistador que debe arrancar la verdad, hostigando al superviviente, al testigo o al funcionario, pues está ferozmente convencido de que sólo aquello que no puede decirse merece el esfuerzo del lenguaje.

Dijimos que *Shoah* linda con el mito. Habría que explicar por qué. Sabemos que sólo dos límites se imponen a la cientificidad histórica: el origen, que la disciplina de la Historia deja en manos del mito, por su carácter narrativo e indirecto, y el futuro, que abandona a los designios de la escatología, es decir, de la religión. Todo lo demás sería objeto de su trabajo. Pues bien, Lanzmann es consciente de que su afán por evocar lo originario situándolo en el instante mismo de la muerte (su pregunta recurrente se refiere obsesivamente a *la primera vez*) tiene mucho de mítico, aun cuando él desee denominar su empresa un contra-mito: «Una película dedicada al Holocausto no puede ser más que un contramito, es decir, una investigación sobre el presente del Holocausto o, cuando menos,

sobre un pasado cuyas cicatrices todavía están tan vivas y frescamente inscritas en los lugares y en las conciencias que se da a ver como en una alucinante intemporalidad».<sup>32</sup> Por eso, se trata de interrogar esas conciencias y esos lugares, para lo cual Lanzmann no dispone más que de dos armas: su cámara que barre la campiña polaca, el césped que ha crecido sobre las vías del tren, los hornos crematorios en ruinas y las piedras restantes de las cámaras de gas y, por otra parte, su inquisitiva palabra, su búsqueda de los detalles para desviar a los entrevistados de su andadura actual y devolverlos a ese lugar de origen en donde vivieron la tragedia. La transmisión lo es todo: «ningún saber precede a la transmisión. Ésta es el saber mismo»,<sup>33</sup> pues abole la distancia entre pasado y presente y el acontecimiento surge así del pasado como si de un fantasma se tratase. Ésta es la razón por la cual Lanzmann denomina estos lugares «les non-lieux de la mémoire»: lugares vacíos y mudos a los que hay que hacer hablar al ritmo de los testimonios. Y, pese a todo, las primeras entrevistas dan, al parecer, resultados extremadamente confusos, según el autor refiere. No se trataba de la mera filmación de entrevistas en continuidad, como se está realizando en varios proyectos de investigación.<sup>34</sup> En realidad, fue necesario transformar a los personajes en actores de su propio drama para conseguir los primeros resultados comprensibles y veraces.

Es así como Lanzmann alquila una locomotora para que Henrik Gawkowski, empleado de ferrocarriles polaco, realice quizá por vez postrera el itinerario que antaño realizaba entre la estación de Malkinia y la de Treblinka. Es éste un ejemplo altamente revelador del método adoptado por el director. En medio de la verdura, contemplamos al anciano Gawkowski asomarse por la ventanilla de una locomotora en marcha. Su mirada inexpresiva escruta el paisaje idílico sembrado de árboles que sólo enturbia el humo del ferrocarril. El silencio sólo es roto por el ruido monótono y regular de la máquina. De repente, el tren se detiene sin que podamos percibir la razón... hasta que el cuerpo del empleado se escora hacia un lado y permite observar un cartel al fondo: TREBLINKA. El mero nombre provoca el escalofrío, mas el conductor parece imbuido en un estado de imbecilidad que le incapacita para expresar el menor sentimiento. Sólo entonces dirige su mirada hacia la parte trasera de la locomotora, como si estuviera contemplando unos vagones (inexistentes, como nos dirá el realizador) y, presa del éxtasis, lleva la mano a su cuello haciendo un gesto ine-



quívoco de degollamiento. Es así, de golpe, sin mediación ni pregunta como el pasado retorna a él bajo la peculiar forma de una alucinación y con su gesto reproduce lo que antaño fue la visión de una muerte habitual. Los escenarios han albergado de repente al pasado, pero sólo por un instante, pues acto seguido recuperan su entidad original para cargarla de duelo.

El paso del tiempo no puede detenerse más que un momento repleto de destellos. Lanzmann describe así lo ocurrido: «Llegamos a la estación y está ahí, asomado, y por sí mismo, hace ese gesto increíble en el cuello mientras mira los vagones imaginarios (detrás de la locomotora, por supuesto, no había vagones). En comparación con esta imagen, las fotos de archivo se hacen insoportables. Es esta misma imagen lo que se ha convertido en la verdad».<sup>35</sup>

### *El goce y el sufrimiento de la palabra*

Desearía rescatar para los fines de este ensayo dos ejemplos a fin de cotejarlos con el caso del testigo que es Henrik Gawkowski. Ambos ilustran los dos otros tipos de personajes a los que antes nos referimos, a saber: funcionarios y víctimas. Y ello con el doble propósito de descubrir, por una parte, el método de Lanzmann y, por otra, de penetrar con mayor exactitud el género de violencia que refleja la palabra de quien testimonia. Precisamente por ello, la violencia emergerá de manera distinta en función de que el entrevistado sea quien la ejerció (o la hizo cumplir) o quien la sufrió. Una vez más, en la película de Lanzmann lo cinematográfico se pone al servicio del principio ético: qué es legítimo mostrar y qué debe ser respetado y, por tanto, omitido, eludido. En otros términos, ¿debe el ojo percibir la violencia o debe ésta emerger de la palabra? Estos interrogantes se tornan más complejos al filtrarse a través del testimonio vivido, es decir, de la experiencia directa para luego intentar conservarse en la memoria y transmitirse. En un período como el que vivimos en el que la disciplina histórica se afana por aproximarse a lo vivido por el individuo más humilde, como contrapeso a los grandes acontecimientos y sus héroes, no carece de interés realizar esta inmersión en la experiencia humana de la violencia, tanto más cuanto que el objeto del que se trata posee una envergadura universal.

Con el fin de lograr una homogeneidad mayor del universo evocado, los dos testimonios que recogemos hablan del campo de Treblinka, como lo

hacia el conductor de ferrocarriles Gawkowski. Se trata, por este orden, del *Untersturmführer* Franz Suchomel y del superviviente Abraham Bomba.

Lanzmann entrevista a Suchomel en su propia casa, aprovechando una ocasión en que lo permite la enfermedad cardíaca que éste padece. La conversación, rodada con cámara oculta, ya que el funcionario no acepta ser filmado, presenta una definición muy pobre, aunque sí accede a hacer declaraciones, a condición de que su nombre no sea mencionado. Incluso escuchamos la promesa del realizador de no citar su identidad. El método de Lanzmann se hace notar desde el arranque: los detalles más insignificantes, el frío, el calor, las distancias, los itinerarios, la duración de cada operación... todo ello en lugar de las grandes preguntas que dan como resultado pobres respuestas.<sup>36</sup> Y el interrogatorio de Lanzmann da sus primeros frutos, pues Suchomel se traga el anzuelo y recurre al estilo de lenguaje que mejor conoce, el propio de sus tareas de antaño, a saber: el administrativo. Afirma, así, que a su llegada a Treblinka, todo funcionaba «a toda marcha», tanto es así que las cámaras de gas «no daban abasto». Ayudado por un gráfico del campo colocado en la pared y un puntero, Suchomel describe los itinerarios de los vagones de la estación de Malkinia a la de Treblinka, la situación de la antigua rampa, el proceso de construcción de la nueva, el trayecto hasta las salas donde se desnudaban los desgraciados, los golpes programados de los sádicos ucranianos y letones, los perros amaestrados, el camuflaje de los lugares fatídicos, los minutos u horas de espera de los que iban a ser gaseados, el trabajo de los distintos Kommandos (el *Blau*, el *Rot*), el funcionamiento de los crematorios. Las cifras dadas por Suchomel tienen la atroz significación de esos números bursátiles en los que Elias Canetti veía el prefacio del exterminio. Lanzmann estimula en este funcionario una esclerotización del lenguaje de valía imprevista y tal vez única, pues lo retrotrae al tiempo del ejercicio de su función en el episodio mítico que relata. En este sentido, Suchomel cuestiona, sin pasión ni espíritu polemista alguno, es decir, por mero respeto a la verdad histórica, la cifra de 18.000 muertos por día en las fechas punta. «Eso es demasiado, créame. Eran entre 12.000 y 15.000.» La diferencia es vital para quien piensa en términos estadísticos y administrativos y Lanzmann deja desplegar este discurso por lo que de revelador tiene. Todo ello hasta llegar a la más sublime expresión del lenguaje administrativo.

Auschwitz era una fábrica.

¿Y Treblinka?

Le voy a dar mi definición. Recuerde esto. Treblinka era una primitiva pero eficiente producción en cadena de la muerte. ¿Comprende?

Sí, pero ¿primitiva?

Sí, primitiva. Pero funcionaba bien esa producción en cadena de la muerte.

¿Era Belzec todavía más rudimentario?

Belzec era el laboratorio. Wirth era el comandante del campo. Ensayó todo lo imaginable en él.

A pesar de todo, la zambullida en el pasado con el auxilio de los gráficos y, sobre todo, del lenguaje da sus frutos cuando comienzan a emerger las metáforas del pasado: el camino hacia la colina de Treblinka que escondía las cámaras de gas era denominado por los SS *Himmelweg* (camino del cielo), la constatación avalada por lo vivido de lo bien que arde el ser humano, mas también el olor «infernalisch» que despedían los cadáveres dependiendo de la dirección en que soplabla el viento, las masas viscosas de barro, sangre y agua que se formaban en los lugares de la masacre antes de que el sistema hubiera sido perfeccionado. Lanzmann no da tregua tampoco a su cámara, la cual nos transporta a los escenarios tal y como en la actualidad se conservan, con esa insipidez envenenada que apenas puede llamarse belleza natural. El esfuerzo detallista de Suchomel no omite (y por ello es tan valioso) siquiera las imágenes más escatológicas: en lo alto de la rampa, esperando una muerte ya segura, las mujeres sufrían lo que el funcionario denomina *Todesangst* (miedo de la muerte), un relajamiento de los esfínteres que hacía a los cuerpos *vaciarse* (sic).

El procedimiento interrogador de Lanzmann es tan eficaz que Suchomel, a pesar de su enfermedad y de una dentadura postiza que le impide pronunciar las palabras polacas, acaba entonando una melodía, al parecer, procedente de Buchenwald y muy apreciada por los miembros de las SS. A los judíos que llegaban por la mañana se les enseñaba y por la noche debían ya ser capaces de cantarla. Lanzmann le hace repetirla y el goce de este hombre que ha sido transportado al tiempo de su experiencia más intensa no se hace esperar. Sin ningún comentario antisemita, plagando incluso su discurso de lástima por las víctimas, se desata, sin embargo, el goce. Acaso éste se nos haga visible a nosotros en la imagen atroz de este anciano cantando la canción que en su juventud obligaba a entonar a aquellos que iban a ser exterminados.

Es posible que sus voces se escuchen a través de estos labios. «¿Está contento? —concluye—. Es único. Ningún judío sabe eso hoy.» Y añade resignado y entregado: «Usted quiere historia. Yo le doy historia».

Vayamos con la última de las voces que se refieren a Treblinka, la de Abraham Bomba, deportado de Czestochowa que Lanzmann entrevista en Holon (Israel). Sus diversas declaraciones abarcan desde su deportación hasta su asentamiento en lo más sórdido de los trabajos del campo. Con el fin de no alargar innecesariamente nuestro ensayo, nos detendremos apenas en el último y más denso de sus discursos, en el que relata cómo, al cabo de cuatro semanas de estancia en Treblinka, fue reclutado para cortar los cabellos de las mujeres que iban a ser inmediatamente gaseadas. La escena de esta entrevista se desarrolla en continuidad y sin que la cámara se permita contrapuntos conceptuales con los lugares de antaño, a diferencia de lo que hiciera en otras ocasiones. A pesar de todo, la escenografía que monta Lanzmann está emponzoñada, pues filma el testimonio de Bomba mientras éste, en una peluquería, corta los cabellos de un cliente.

La voluntad decidida del realizador consiste en colocar al personaje ante condiciones muy semejantes a aquellas en las que vivió el episodio que ahora debe parir por medio de la palabra. Así pues, el principio de representación es utilizado sin por ello mitificar la función del directo en continuidad y sin montaje, tan preciada para nuestra mentalidad labrada por las técnicas de la televisión de los noventa. A pesar de la similitud de la situación, Bomba mantiene un discurso prudente (distante, si así se prefiere) en relación con lo que cuenta; se trata de una discreción que bien podría calificarse de frialdad elegante. En pocas palabras, el dolor parece ausente de la palabra, incluso si los acontecimientos que nos ofrece desafían el entendimiento. No en vano el tiempo transcurrido ha hecho su trabajo. Es, pues, este el reto de Lanzmann, su objetivo principal: quebrar la continuidad y el borrado realizado por el tiempo. En este sentido, la secuencia es modélica de las obsesiones que animan al realizador. Vayamos con el contenido del relato.

Un conjunto de barberos profesionales, como el mismo Bomba, fueron encargados de esperar a la mujeres en el interior de las cámaras de gas a fin de ganar tiempo en una operación que debía ser rápida. El interrogatorio al que Lanzmann somete al superviviente recorre, como es habitual, los más minúsculos detalles: la hora en que llegó

**La empresa  
revisionista de los  
últimos veinte años:  
en el fondo, ésta no  
hace sino proseguir  
el camino emprendido  
por la escuela  
administrativa  
del nazismo.**

el primer transporte de mujeres, el lugar desde el que venían, el tamaño de la habitación-peluquería, la longitud de los cabellos, la desnudez de ellas, la existencia de espejos, sillas o bancos, el número de barberos, el de mujeres, la duración de cada operación de corte, la precisión sobre si eran afeitadas o sólo se les cortaba el cabello, los instrumentos de los que se servían los profesionales, la velocidad de los movimientos... La determinación del realizador es tal que se apresta a interceptar la más mínima elaboración ideológica por parte del entrevistado cuando éste se siente tentado de exponer una idea. No son las ideas lo que interesa, sino los hechos relatados por quien ha estado en ese lugar imposible (el interior de la cámara de gas poco antes de ponerse en funcionamiento) lo que resulta precioso. Cabría decir, no tanto los hechos, en plural, cuanto el hecho, por su indisoluble condición mítica, irrepetible, pero tal vez transmisible por medio del relato. Acto seguido, las preguntas se tornan incluso hostiles: ¿qué sintió la primera vez que vio a las mujeres desnudas? Y, en seguida, le ruega que imite los movimientos de antaño. Este trabajo produce sus resultados, aun cuando Bomba dista mucho de perder pie. Es entonces cuando sucede algo inesperado.

Con el fin de hacerse comprender mejor, Bomba emprende el relato de lo sucedido en una ocasión en que llegó un transporte de su pueblo natal, Czestochowa, con mujeres conocidas suyas, amigas incluso, las cuales se le echaban al cuello inquiriendo lo que les iba a suceder. Él las calmaba, como es lógico, sin revelarles su inmediato destino. Empero, lo singular se ha abierto camino entre lo general y el barbero pasa a referir cómo uno de sus compañeros recibió en ese mismo lugar a su esposa y a su hermana a quienes debía cortar el pelo. Nada podía decirles, pues los SS vigilaban de muy cerca y lo hubieran liquidado al instante. La chispa salta y, repentinamente, la voz segura de Bomba se quiebra y un silencio de plomo cae sobre él. Nadie rompe ese silencio. Lanzmann sabe que el instante de duelo debe ser respetado y que la desespacialización y destemporalización que sufre el hombre que se encuentra ante él no puede ser puntuada ni detenida, sin incurrir en la obscuridad o en arrancar una palabra banal, descar-

gada de su potencial mítico.<sup>37</sup> Por eso, Lanzmann deja que el sudor se agolpe en el rostro del hombre y las lágrimas incontenibles y, sin embargo, contenidas afloren, que recupere el aliento. El tiempo preciso para que no desfallezca. Así, le ruega suavemente que continúe su relato. Implacable dulzura que esconde un imperativo moral al que Bomba desea, más bien necesita, sustraerse a toda costa. Es el instante, ese segundo, ese minuto con suerte, que su compañero podía prolongar la operación del corte de pelo con su esposa y hermana, el fugaz abrazo o beso que sabía con certeza ser el postrero, lo que funda la alucinación del retorno al pasado y la posibilidad de su transmisión. Un fulgor mágico obstruye el presente y lo envuelve en ese pasado de pesadilla, que por su carácter y su falta de vertebración con el presente no puede estrictamente hablando denominarse pasado. Se trata, a fin de cuentas, de ese «non-lieu de la mémoire», a decir de Lanzmann, donde «las cosas se hacen ver en una especie de alucinante intemporalidad o, mejor dicho, a-temporalidad».<sup>38</sup>

Puede quizás entenderse mejor ahora por qué Lanzmann habla tan insistentemente de la verdad, aludiendo a lo real como un imposible, de concebir, de revivir; es esta opacidad siniestra del hecho lo que recuerda la concepción que en alguna ocasión dio Jacques Lacan de «lo real». Dice Lanzmann: «Y es a partir de ese momento cuando la verdad se encarna y él revive la escena, cuando repentinamente el saber se convierte en saber encarnado. Se trata de un filme sobre la encarnación en verdad (...). La distancia entre pasado y presente estaba abolida y todo se convertía en real para mí. Lo real es opaco. Es la configuración verdadera de lo imposible».<sup>39</sup>

Sin lugar a dudas, existen aspectos mórbidos en *Shoah* unidos a su firme voluntad de hacernos revivir el horror en una suerte de compulsión a la repetición aniquiladora. En este punto, la opción del realizador es radical y, por consiguiente, discutible: «Dirigir sobre el horror una mirada frontal exige, dice, que se renuncie a las distracciones y escapatorias, la primera de ellas, la falsamente central, a saber, la cuestión del porqué».<sup>40</sup> Audacia ésta la de interrogar de frente uno de los crímenes más enigmáticos de la humanidad que sorprendió (y esta palabra es increíblemente justa) a pensadores como Hannah Arendt, Karl Jaspers y Theodor Adorno, quienes pusieron todo el empeño en comprender. Pero también hay una voluntad de duelo en la palabra, un piadoso recubrimiento que guía ese relato que sólo podría hacerse una vez, pues cualquier repetición sería

obscena y banal a un mismo tiempo. Algo que recuerda la cuestión de la culpabilidad (*Die Schuldfrage*) que evocaba en 1946 Jaspers, junto a un afán hebraico por la tradición narrativa. Lanzmann se desnuda valientemente cuando declara: «Cuando digo que ellos murieron solos, sólo es en relación conmigo como la frase cobra un sentido. La significación para mí a la vez más profunda y más incomprensible del filme. Es una manera de... resucitar a esas gentes y matarlas una segunda vez, acompañándoles yo mismo».<sup>41</sup>

### *Desembarazarse de la violencia*

Permítasenos reproducir un elocuente y escafofriante texto que Claude Lanzmann lee con su propia voz en el curso de su película. Está clasificado como *Geheime Reichssache* (asuntos secretos del Reich) y fechado en Berlín el 5 de junio de 1942. Su significativo título es «Cambios para vehículos especiales actualmente en servicio en Kulmhof (Chelmno) y para aquellos que están en construcción». Dice así:

Desde el mes de diciembre de 1941, 97.000 han sido tratados (*verarbeitet*, en alemán) por estos tres vehículos en servicio sin mayores incidentes. Sin embargo, teniendo en cuenta las observaciones hechas hasta hoy, se imponen los siguientes cambios técnicos:

1) La carga normal de las camionetas es generalmente de nueve a diez por metro cuadrado. En nuestros vehículos Saurer, que son muy voluminosos, la utilización máxima del espacio no es posible; no a causa de una eventual sobrecarga, sino porque un cargamento excesivo podría afectar a la estabilidad del vehículo. Así pues, una disminución del espacio de carga se hace necesaria. Sería indispensable reducir ese espacio en un metro, en lugar de tratar de resolver el problema como hasta ahora, disminuyendo el número de piezas cargadas. Además, esto acarrea un alargamiento del tiempo de las operaciones, pues el espacio vacío también debe llenarse con el monóxido de carbono. En cambio, si se disminuye el espacio de carga, cargando completamente el vehículo, el tiempo de la operación puede reducirse considerablemente. Los fabricantes nos dijeron en una ocasión que reducir el tamaño de la parte trasera de la camioneta acarrearía un desequilibrio indeseable. El tren delantero, según ellos, estaría sobrecargado. De hecho, el equilibrio se

restablece automáticamente, porque la mercancía cargada muestra durante la operación una tendencia natural a atropellarse contra las puertas traseras y a menudo se la encuentra acostada allí al final de la operación. De esta manera no se produce una sobrecarga en el tren delantero.

2 Es necesario proteger la iluminación de la destrucción mejor de lo que lo ha sido hasta el momento. Las lámparas deben ser cubiertas por rejillas de acero para evitar que sean dañadas. La práctica ha demostrado que se puede prescindir de ellas, pues nunca han sido utilizadas. Sin embargo, se ha observado que en el momento de cerrar las puertas, el cargamento siempre se abalanza hacia ellas cuando llega la oscuridad. Ello se debe a que el cargamento se precipita naturalmente hacia la luz cuando oscurece, lo que hace difícil el cierre de las puertas. Además, se ha podido observar que debido a la naturaleza inquietante de la oscuridad, los gritos estallan siempre en el momento del cierre de las puertas. Sería, pues, oportuno encender las luces antes y durante los primeros minutos de la operación.

3 Para una mejor limpieza del vehículo, es necesario situar un orificio de drenaje bien tapado en el medio del suelo. La tapadera del orificio, de un diámetro de 200 a 300 milímetros, será provista de un sifón plano de forma tal que los líquidos fluidos puedan evacuarse durante el funcionamiento. Durante la limpieza, el orificio de desagüe se utilizará para evacuar las inmundicias.

Los cambios técnicos arriba mencionados deben ser aplicados a los vehículos actualmente en servicio sólo cuando éstos deban ser reparados. Respecto a los diez vehículos nuevos encargados a Saurer, deben estar, en la medida de lo posible, equipados con todas las innovaciones y cambios que el uso y la experiencia han demostrado necesarios.

Sometido a la decisión del Gruppenleiter II D, SS Obersturmbannführer Walter Rauff.

Firmado: Just.

Huelgan los comentarios a este respecto. El informe sobre los primeros camiones de gaseamiento de Chelmno revela un ideal de cosificación de lo humano y, al propio tiempo, algo para lo cual la palabra eufemismo resulta insuficiente, a saber: la burocratización absoluta de la muerte.

En esta misma operación lingüística puede ya advertirse en toda su salsa el futuro de la empre-



sa revisionista de los últimos veinte años: en el fondo, ésta no hace sino proseguir el camino emprendido por la escuela administrativa del nazismo. En estas condiciones, ¿cabe todavía postular que el ideal nacionalsocialista proponía el ejercicio supremo de la violencia? Por supuesto, ésta se ejerció, y nos consta que tampoco faltaron actos de crueldad. Bien sabemos del frenético ritmo con que sea abrían los vagones ante los poderosos focos de los campos donde los latigazos y los golpes se prodigaban. También nos consta que miles de depravados tiraban al blanco con los prisioneros o, como testifican los miembros del batallón 101 de reserva de la *Ordnungspolizei* o los declarantes de las *Einsatzgruppen*, otros tantos se regodeaban en el suplicio de sus víctimas. Sin embargo, la cuestión crucial está en el sistema en el que debían ser integradas para tornarse rentables y, según esa misma lógica, la depuración constante hasta su ideal desaparición.

La sistematicidad del exterminio exigía conocimiento, aprendizaje, experimentación, corrección, planificación y método. Pero además rapidez y productividad en cadena. Puede, por consiguiente, afirmarse que ninguno de estos gestos de violencia fue el ideal, el sistema o, si se prefiere, la contribución siniestra de los campos de exterminio a la historia, también larga, de las masacres de la humanidad. A diferencia de la mayoría de éstas, la emprendida por los nacionalsocialistas poseía un carácter de Estado y era racionalizada. Precisamente, habida cuenta de la envergadura de la empresa de exterminio, su aspiración, mas también su necesidad, era la supresión de la violencia físi-

ca o, cuando menos, su rentabilidad para tareas accesorias. Si la guerra había cambiado de signo convirtiéndose en una Blitzkrieg, marcada por el frenético ritmo de conquista de la Wehrmacht, también el exterminio requería ser moldeado con idéntico parámetro.

Acaso pueda entenderse en la fórmula del exterminio un síntoma de las obsesiones más permanentes de Hitler que no eran en absoluto ajenas a su época ni habían pasado desapercibidas a ningún intelectual de entreguerras, pero que él supo sellar con un cuño muy especial: las masas, ahora objeto de aniquilamiento, ya estaban en sus grandes plazas celebrando sus arengas desde mucho tiempo atrás y en las mismas formaciones militares que el Führer creó; a continuación, la destrucción que Elias Canetti había advertido como contrapeso de los monumentales proyectos arquitectónicos que Hitler encargaba al industrioso Speer;<sup>42</sup> pero, sobre todo, ese encuentro mágico entre el espíritu reaccionario y la industrialización que se ha denominado *modernismo reaccionario*. En este aspecto, el nacionalsocialismo lleva a una práctica decidida toda una corriente de pensamiento germano que desde comienzos de siglo se afanaba en hacer compatible el reaccionarismo del sentimiento *völkisch*, propio del alma alemana, con la industrialización y la técnica que en apariencia había resquebrajado la *Gemeinschaft* germana. En esta empresa teórica, en la que figuran nombres tan relevantes como Werner Sombart, Hans Freyer, Ernst Jünger, Carl Schmitt, Oswald Spengler o también las diversas asociaciones de ingenieros weimarianos, el nacionalsocialismo habría desempeñado el papel más pragmático y sin asomo de una censura ética.<sup>43</sup>

Hubo, sin embargo, otros tipos de violencia que no deberían ser ignorados y que pertenecían al sistema mismo o fueron engendrados por él: el primero es el que se ejerció sobre la lengua, la de Goethe o Schiller, la de Hegel y Nietzsche hasta el punto de que ha podido sostenerse que la lengua alemana, como depositaria de un pasado antropológico, no ha podido recobrase de la prueba. Tal es la radical hipótesis de un polémico artículo de George Steiner titulado «The Hollow Miracle»: «Usen una lengua para concebir, organizar y justificar Belsen; úsena para prescribir detalles para las cámaras de gas; úsena para deshumanizar al hombre durante doce años de calculada bestialidad. Algo le ocurrirá. Hagan de las palabras lo que Hitler y Goebbels y cientos de miles de *Untersturmführer* hicieron: vehículos de terror y falsedad. Algo les ocurrirá a las palabras. Algo de las

mentiras y del sadismo se penetrará en la médula del lenguaje. Imperceptiblemente al comienzo, como los venenos de radiación penetran en el hueso. Pero el cáncer comenzará y sembrará la destrucción. La lengua no podrá ya crecer ni reverdecir. No podrá ya desempeñar, como hiciera antes, sus dos principales funciones: la transmisión del orden humano que denominamos ley y la comunicación de lo vivo del espíritu humano que llamamos gracia».<sup>44</sup>

El segundo tipo de violencia fue el ejecutado sobre el pensamiento, sobre la razón ilustrada que había supuesto, tarde comprendemos que ingenuamente, que la cultura y el progreso por igual nos harían más libres y extirparían la barbarie para siempre de nuestras vidas. Fue el corazón de Occidente y no un recóndito lugar lastrado por el primitivismo el escenario de la barbarie. Las reflexiones de Adorno y Horkheimer realizadas en 1944 en su *Dialéctica de la Ilustración* ya revelaban cómo la humanidad había avanzado, no hacia la libertad, sino que había retrocedido hacia un nuevo género de barbarie. Esta paradoja de la Ilustración, que los frankfurtianos formulan en una doble dimensión –significación mítica de la Ilustración y la hipótesis de que el mito era ya Ilustración–, tuvo su expresión literal en los campos de exterminio, barriendo la confianza (la esperanza misma) en el papel de la civilización. Un tercer tipo de violencia (y no es el último que podría enumerarse) queda atestiguado de modo ejemplar por la película de Lanzmann: la ejercida sobre los supervivientes para arrancarles la palabra y, aún más, para transformarla en esa redención del legado bárbaro que es la memoria, es decir, la transmisión de la experiencia.

Tal vez las hermosas palabras de Walter Benjamin, y el azar o un destino aciago quisieron que éste se arrancara la vida a las puertas de ingresar en esa infernal maquinaria mortífera, sirvan para restituir una forma antigua de saber que estuvo a punto de desaparecer y que los testimonios del holocausto, entre otros, han vuelto a revitalizar: «La muerte –dice Benjamin en 1936– es la sanción de todo lo que el narrador puede referir y ella es quien le presta autoridad».<sup>45</sup> Si ello fuera así, el relato de los supervivientes sería quizás el relato por excelencia.

debats n. 61, otoño 1997

- 1 Sin embargo, nos parece hartamente peligroso ver en el genocidio el modelo de integración llevado a sus últimos extremos, pues inevitablemente se lo naturaliza, reduciendo el valor del corte en la civilización que supone. Con la radicalidad que le caracterizaba, dice Adorno: «El genocidio es la integración absoluta, que cuece en todas partes donde los hombres son homogeneizados, pulidos –como se decía en el ejército– hasta ser borrados literalmente del mapa como anomalías del concepto de su nulidad total y absoluta. Auschwitz confirma la teoría filosófica que equipara la pura identidad con la muerte» («Después de Auschwitz» en *Dialéctica negativa*, Madrid, Taurus, 1975, p. 362).
- 2 Primo Levi: *Los hundidos y los salvados*, Barna, Muchnik, 1989, p. 91.
- 3 Ibidem, p. 97.
- 4 Ibidem, p. 99.
- 5 Wiesel sería quizá quien daría la respuesta más contundente (e implícita) a Adorno: ¿cómo hablar de Auschwitz si careciéramos de la poesía y de ese arma del lenguaje que es el silencio? En *La nuit* expone su voluntad de estilo a caballo entre la crónica, el silencio y la memoria: «Una frase sustituye a una página, una palabra vale por toda una frase, lo no-dicho pesa más que lo dicho. Cada punto es quizás el último (...). Nada de literatura; eso sobre todo, no hacer literatura (...). No decir más que lo esencial, no decir que más que lo que ningún otro podría decir. Y seguir el mensaje del rabino *hasidico* de Worke: transformar el grito en murmullo. Estilo seco, duro, mineral; en una palabra: despojado. Acallar la imaginación. Y el sentimiento. Y el filósofo. Hablar como habla el testigo ante el tribunal. sin compalcencia ni hacia el otro ni hacia sí mismo» (Elie Wiesel: *Silence et mémoires d'hommes. Essais, histoires, dialogues*, París, Seuil, 1989, p. 18).
- 6 Elie Wiesel: «Déposition au procès Barbie», en *Silence et mémoires d'hommes*, ya cit., p. 135.
- 7 La afirmación es todavía prematura, como veremos, pero distinguiría el exterminio judío por los nazis de otras masacres atroces de la historia moderna: la de armenios por los turcos, la de los japoneses en Nankín en 1937, la de Pol Pot en Camboya y más recientemente la de croatas y bosnios por los serbios.
- 8 *Esperar a pesar de todo. Conversaciones con Johann Baptist Metz y Elie Wiesel*, Madrid, Trotta, 1996, p. 87.
- 9 Por ejemplo en «L'image de l'enfer» (1946), recogido en *Auschwitz et Jérusalem*, Presses-Pocket, 1993.
- 10 Hannah Arendt: *Eichmann à Jérusalem. Rapport sur la banalité du mal*, París, Gallimard, 1991 (original inglés de 1963).
- 11 Ello entraña igualmente la práctica de terapias propias que regulan los excesos de ese peso que ha caído sobre las espaldas demasiado endebles del sujeto: la psiquiatría, el psicoanálisis, entre otros, serían al individuo moderno y racional lo que el vínculo social era a otras sociedades, en particular la medieval. Véase a este respecto el libro clave de Philippe Ariès, *L'homme devant la mort* (París, Seuil, 1977).
- 12 Condenado con anterioridad por un crimen y amnistiado por los azares de la República de Weimar (pacto entre comunistas y extrema derecha) y militante fanático procedente de los temibles *Freikorps*. Véase el ya clásico libro de Klaus Theweleit: *Male Fantasies*, Minneapolis, University of Minnesota Press, 1987.
- 13 Rudolf Hoess: *Le commandant d'Auschwitz parle*, París, René Juilliard, 1959, p. 173 (*Kommandant in Auschwitz*, Stuttgart, 1958).
- 14 Declaraciones hechas a Gitta Sereny (*Au fond des ténèbres*,

- De l'euthanasie à l'assassinat de masse: un examen de conscience*, París, Denoël, 1975, p. 175).
- 15 Cit. por Hannah Arendt: *Eichmann à Jérusalem*, pp. 148-149.
  - 16 Cit. en Gitta Sereny, p. 248.
  - 17 Alain Finkielkraut: *L'humanité perdue. Essai sur le vingtième siècle*, París, Seuil, 1996, pp. 76-77.
  - 18 También aquí se hace necesario matizar: Himmler, Heydrich, Göring, Goebbels y la cúpula misma, no eran funcionarios, aunque asumieran una religión del deber; eran ideólogos. En cambio, en el peldaño inferior (y es asombroso constatar cuántos quedaban todavía por debajo) se imponía rápidamente el espíritu funcional y, por consiguiente, la irresponsabilidad o la coartada ante cualquier eventual acusación. La valentía de Karl Jaspers fue interrogar todos esos estratos de la responsabilidad y de la culpabilidad, junto a los del pueblo alemán en su conjunto, en su libro *Die Schuldfrage*, en el mismo año 1946.
  - 19 Lo cual, por supuesto, no pone en tela de juicio la constancia y la eficacia de la martilleante propaganda antisemita en prensa, radio y cine.
  - 20 Y éstos estaban formados por judíos y eran periódicamente exterminados con el fin de no dejar demasiadas huellas. Primo Levi evoca un partido de fútbol entre miembros de las SS y del *Sonderkommando* justo después del trabajo en donde los partidarios animaban a los jugadores aplaudiendo. La reflexión de Levi rehuye una vez más lo frívolo para ir al fondo. En este hecho que sólo podría haberse producido con este comando tan especial escucha él un mensaje: «lo hemos conseguido, no sois ya la otra raza, la antirraza, el mayor enemigo del Reich Milenario; ya no sois el pueblo que rechaza a los ídolos. Os hemos abrazado, corrompido, arrastrado en el polvo con nosotros. También vosotros como nosotros y como Caín, habéis matado a vuestro hermano. Venid, podemos jugar juntos» (*Los hundidos y los salvados*, ya cit., p. 48).
  - 21 Chelmno comienza a funcionar el 8 de diciembre de 1941, Majdanek es abierto en octubre de 1941. La operación llamada *Aktion Reinhardt* comienza en marzo de 1942, confiada al general austríaco de las SS Odilo Globocnik, y consta de tres centros: Belzec (marzo 1942), Sobibor (mayo 1942) y Treblinka (julio 1942). El sexto es el complejo Auschwitz, creado el 27 de abril de 1940 como campo de concentración y no de exterminio por decisión de Himmler en un lugar de fácil acceso ferroviario de la línea Cracovia-Katowice, pero llamado a convertirse más tarde en el emblema del aniquilamiento (véase más adelante).
  - 22 Auschwitz IV estaba en preparación, cuando sobrevino la retirada de la *Wehrmacht* sobre el frente Este que concluiría con la derrota alemana.
  - 23 A pesar de que la polémica se agriara pronto entre los exterministas y los productivistas. En efecto, los industriales se quejaban de la escasa productividad de esos prisioneros hambrientos y de las repentinas «selecciones» que daban en la cámara de gas con los obreros que habían adquirido un poco de experiencia.
  - 24 Christopher R. Browning: *Ordinary Men. Reserve Police Battalion 101 and the Final Solution in Poland*, Harper, 1992. Citamos por la edición francesa, *Des hommes ordinaires. Le 101e bataillon de réserve de la police allemande et la solution finale en Pologne*, París, Les belles lettres, 1994.
  - 25 Declaraciones de Raul Hilberg hechas a Claude Lanzmann en la película *Shoah* y recogidas en *Shoah. An Oral History of the Holocaust*, Nueva York, Pantheon Books, 1985, pp. 70-73.
  - 26 La expresión «solución final» posee todo el sabor apocalíptico que demuestra un uso sorprendentemente exacto del lenguaje por esos maestros del eufemismo que fueron los nazis.
  - 27 Primo Levi: *Si esto es un hombre*, Barna, Muchnik, 1995, pp. 112-113.
  - 28 Ni que decir tiene que *Shoah* deja voluntariamente fuera de su alcance el exterminio gitano o de los ciudadanos rusos, centrándose exclusivamente en el problema judío.
  - 29 Consultar para mayores detalles sobre los avatares de la película «Le lieu et la parole», entrevista con Claude Lanzmann, publicada en *Cahiers du cinéma* 374, julio-agosto 1985.
  - 30 Véase la más certera y lúcida réplica que se les haya dado hasta el momento a nuestro entender en Pierre Vidal-Naquet: *Les assassins de la mémoire*, París, La Découverte, 1987.
  - 31 «Le lieu et la parole», entrevista con Claude Lanzmann, en *Au sujet de Shoah*, ya citado, p. 295
  - 32 Claude Lanzmann: «De l'Holocauste à *Holocauste* ou comment s'en débarrasser» en *Au sujet de Shoah*, ya citado, p. 316.
  - 33 Claude Lanzmann: «Hier ist kein warum» en *Au sujet de Shoah*, ya citado, p. 279.
  - 34 Éste es el objetivo del magno proyecto emprendido por Steven Spielberg, cuyas ramificaciones son enormes. El autor ha podido comprobar el funcionamiento de entrevistas realizado en un proyecto de investigación titulado *Living Testimonies*, dirigido por Yehudi Lindeman y Renata Zajdman en la Universidad McGill de Montreal.
  - 35 «De l'Holocauste à *Holocauste* ou comment s'en débarrasser», *Au sujet de Shoah*, ya citado, p. 300.
  - 36 Es Raul Hilberg, el gran historiador del holocausto, quien enuncia ese método en la película, entrevistado por Lanzmann. Por otra parte, toda su gigantesca obra se construyó fiel a este método y siguiendo el estudio de pequeños documentos administrativos. De hecho, la tríada de entrevistados por Lanzmann —funcionarios, víctimas y testigos— no es sino un modelo extraído de la obra de Hilberg que, además, da título a uno de sus últimos libros, *Perpetrators, Victims, Bystanders. The Jewish Catastrophe 1933-1945*, Nueva York, HarperCollins, 1992.
  - 37 Compárese este pudor, sin duda algo enfermizo, con la exigencia de claridad de nuestra técnica de entrevista televisiva, empeñada en no dejar un solo hueco por cubrir y donde el entrevistador se ve obligado a hostigar infatigablemente a su entrevistado con la palabra, con asentimientos y nuevas preguntas. Es ésta una buena muestra de la ética espectacular que rige el comportamiento de Lanzmann.
  - 38 «Les non-lieux de la mémoire», ya citado, p. 285.
  - 39 «De l'Holocauste à *Holocauste* ou comment s'en débarrasser», ya cit., p. 298.
  - 40 «Hier ist kein Warum», ya citado, p. 279.
  - 41 «Les non-lieux de la mémoire», ya citado, p. 291.
  - 42 Elías Canetti: «Hitler, según Speer», en *La conciencia de las palabras*, México, F.C.E., 1981, pp. 222-258.
  - 43 Véase a este respecto el texto ejemplar de Jeffrey Herf: *El modernismo reaccionario. Tecnología, cultura y política en Weimar y el Tercer Reich*, México, F.C.E., 1990.
  - 44 George Steiner: «The Hollow Miracle», en *Language and Silence. Essays 1958-1966*, Londres, Penguin, 1969, p. 143.
  - 45 Walter Benjamin: «El narrador» (1936), en *Para una crítica de la violencia y otros ensayos. Iluminaciones IV*, Madrid, Taurus, 1991, p. 121. Piénsese si es casual que Benjamin conciba un texto de estas características aplicándolo a un ejemplo tan inauténtico y desafortunado para sus tesis como es la narrativa de Nicolai Lesskow. Sólo en el espíritu del judaísmo, de la tradición oral y del valor de la memoria parece hallar el motor una tal reflexión. No es extraño que la *shoah* haya desempeñado un papel nada desdeñable en el resurgir de los testimonios vivos, tal y como los evalúa la historiografía moderna.